

Credo ut intelligam

por Rodolfo Calderón Vivar

A Delia Itzel

Al sentir el abandono de mí mismo
al azar de las fuerzas del destino
pronuncio el nombre que no olvido
aprendido con fuerza desde niño.

Dios, la palabra ante al abismo
no importa cuán bajo haya caído.
Dios, esperanza de fe absoluta
pese a estar triste y abatido.

¿Me preguntas qué ha pasado?
¿Qué señal esperas de mí ahora?
Cual puede ser sino una sola:
creer en Dios y eso me basta.

Si por él tu vida fue plena
No importará entonces la muerte.
Por él germinaste semillas
que darán vida para siempre.

Yo creo en ese Dios magnífico
que pacientemente aguarda
al final del túnel, guardián sereno
de una luz de perdón eterna.

En torno tuyo, esas miradas
tienen la luz de su presencia.
Cada una es una puerta abierta
en las que Dios te observa.